

Toda la luz del ~~universo~~ <sup>universo</sup> — la verá un día el Hombre  
 Breve por la oscuridad de sus lágrimas —

Este es mi estereotipo. Te lo recito ahora <sup>porque</sup> es lo mejor que  
 puedo darte. Soy pobre y viejo y no tengo otra fortuna

No tengas miedo a nada... Con un poderoso talismán abri-  
 ras hasta los olvidados acostillados del infierno... y un  
 día verá tu luz —

Te quiere y te abraza tu hermano

León Felipe

De «Carta a mi hermana Salud», 17 de mayo de 1955.

## CON LE

**L**OS españoles han ido a México, o como conquistadores, o como gachupines, o como exiliados. La expedición, que sale de Barajas hoy 8 de abril, lleva el billete de ida y vuelta y un propósito de reparación. De los treinta mil y pico exiliados acogidos en México por Lázaro Cárdenas, la mayor parte eran profesionales, en buen número universitarios. Algunos, poetas. Uno era León Felipe, muerto en 1968. El día 11, con motivo del noventa aniversario de su nacimiento, se le rendirá un homenaje. En la expedición abundan, lógicamente, los poetas. Son la canción que, a pesar de todo, no se fue definitivamente de España. Cuando León Felipe quedó en el destierro escribió un poema celebra-



# ON FELIPE EN CHAPULTEPEC

do o atacado más que cualquier otro:

«Tuya es la hacienda,  
la casa,  
y el caballo  
y la pistola.  
Mía es la voz antigua de la  
[tierra.

Tú te quedas con todo  
y me dejas desnudo y errante  
[por el mundo...,  
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!  
¿Y cómo vas a recoger el trigo  
y a alimentar el fuego  
si yo me llevo la canción?».

En efecto, «de los treinta y un poetas que formaban en la segunda Antología de Gerardo Diego, en 1934, cinco años más tarde sólo quedaban vivos, en tierra española, cuatro. Los demás estaban enterrados o en el destierro.

Y, con el paso de los años, desterrados siguen o enterrados» (Max Aub). Sin embargo, pronto volvieron a oírse las voces antiguas y surgieron otras nuevas. Y fue el propio León Felipe quien, en carta pública a Angela Figueria Aymerich, advirtió en seguida y jubilosamente el fenómeno. Habían quedado las raíces, existía la poesía en España. Existía la canción a uno y otro lado del mar, a un lado y otro de las fronteras. León Felipe se retractó generosamente. Ahora, al tomar el avión para México se comenta la suspensión de un acto sobre Miguel Hernández. Tenemos la canción, ¿pero cómo?

Aquí van los poetas que en su día fueron saludados desde fuera, reconocidos por León Felipe y estudiados por Max Aub (*Poesía española contemporánea* y

*Una nueva poesía española*, 1950-55). No todos, desde luego: José Hierro, Caballero Bonald, Victoriano Cremer, José Luis Cano, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo (ambos poetas ya en 1936), Carmen Conde, Alfonso Canales, Aurora de Albornoz, J. M. Ullán; de lengua gallega: Celso Emilio Ferreiro, Méndez Ferrín, Tobar. Bilingüe Cela. Bergamín y Blas de Otero no han podido por enfermedad (Blas envía un poema: «pronto nos veremos») y se adhieren Alberti y Aleixandre. Celaya no tiene los papeles «en regla». También acuden editores de poesía: Fernández Canibel (sucesor en Málaga de Altolaguirre, y como hermano de Emilio Prados) y Cantalapiedra («Peña Labra»). Críticos como Azcoaga (*Panorama de la poesía moderna española*) e infor-

madores: María E. Yagüe, Cruz Ruiz, Míguez, Quiñonero, Magaz, Chao, De la Higuera. Hispanistas: Puccini, Couffon, M. Auclair. Se espera en México a Francisco Ayala (a quien recuperamos primero en la Universidad como sociólogo y luego como novelista) y a profesores como Marichal y Concha Zardoya. Luis Goytisolo podrá ver su foto en las librerías mexicanas, en los pasquines de «Recuento». No sabemos de otros catalanes. De Chile llegará Francisco Giner de los Ríos, poeta convertido en economista en Cepal. En el aeropuerto, Juan Rulfo, De Palo, Ruiz García y Rejano nos esperan.

...

Este no es el primer homenaje a León Felipe. Manuel Alvar ha ▶

## CON LEON FELIPE EN CHAPULTEPEC

rememorado en *Estudios y Ensayos de Literatura Contemporánea*, el que se le dedicó en enero de 1968, en el Ateneo Español, de México, «un sitio tristón, con suelo de tablas, con retratos de prohombres, viejo —ya— sin remedio». De atenernos a lo que cuenta Alvar, León Felipe estaba malhumorado, porque las cosas no salían bien. Le ofrecieron unas ramas de olivo y él leyó con «voz violenta y sin fallos» los dieciocho cantos de *Rocinante*. Pero, aun antes, hubo otros homenajes a León Felipe. Adolfo Sánchez Vázquez (uno de los puntales de la Facultad de Filosofía y Letras de México, al igual de Xirau) me ha hablado del que encabezaron Juan Rejano y él en 1954.

¿Cómo ha sido éste de 1974, del 11 de abril? Digamos que cobró un aire solemne a causa de la presencia del presidente Luis Echeverría. Tuvo también una percusión nacional. A las siete de la mañana o a las doce de la noche podían oírse poemas de León Felipe por radio o televisión.

León Felipe es «también» un poeta mexicano. En el Museo Nacional de Antropología, bajo el gran paraguas del vestíbulo, leyó Yáñez, el presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, unas cuartillas no exentas de retórica, a las que correspondió Cela: «León Felipe... nos llama... para decirnos que la verdad del hombre caminante sobre la tierra está tejida —romero sólo— sobre el cañamazo del dolor y el delicadísimo hilo que borda la libertad».

En un claro de Chapultepec esperaba la escultura de Julián Martínez: un León Felipe ya sentado, con el cayado en el regazo, entre las piernas peregrinas. Habló el poeta Carlos Pellicer, declamó la Singerman, cantó Ismael y cerró Juan Larrea con un texto de «España peregrina». Porque Juan Larrea aún vive. Enfrente, a unos pasos de la escultura en torno a la que nos apretamos (¿cuántos?, muchos), iba a hacer su propio homenaje a León Felipe, el poeta más joven de los españoles que allí acudieron: José Miguel Ullán. Acción poética, sin palabras, con cinta magnetofónica, más agresiva que lo que puede ser un homenaje convencional. Fue la reactualización del siempre agresivo León Felipe.

La escultura de León Felipe en el bosque de Chapultepec no tiene el aire profético ni el vigor que uno desearía en un bronce de León Felipe. De todas formas, cuando luego he vuelto, una mañana de entresemana, la he visto bien instalada, amparada y amparadora de los juegos de los niños sobre el césped.

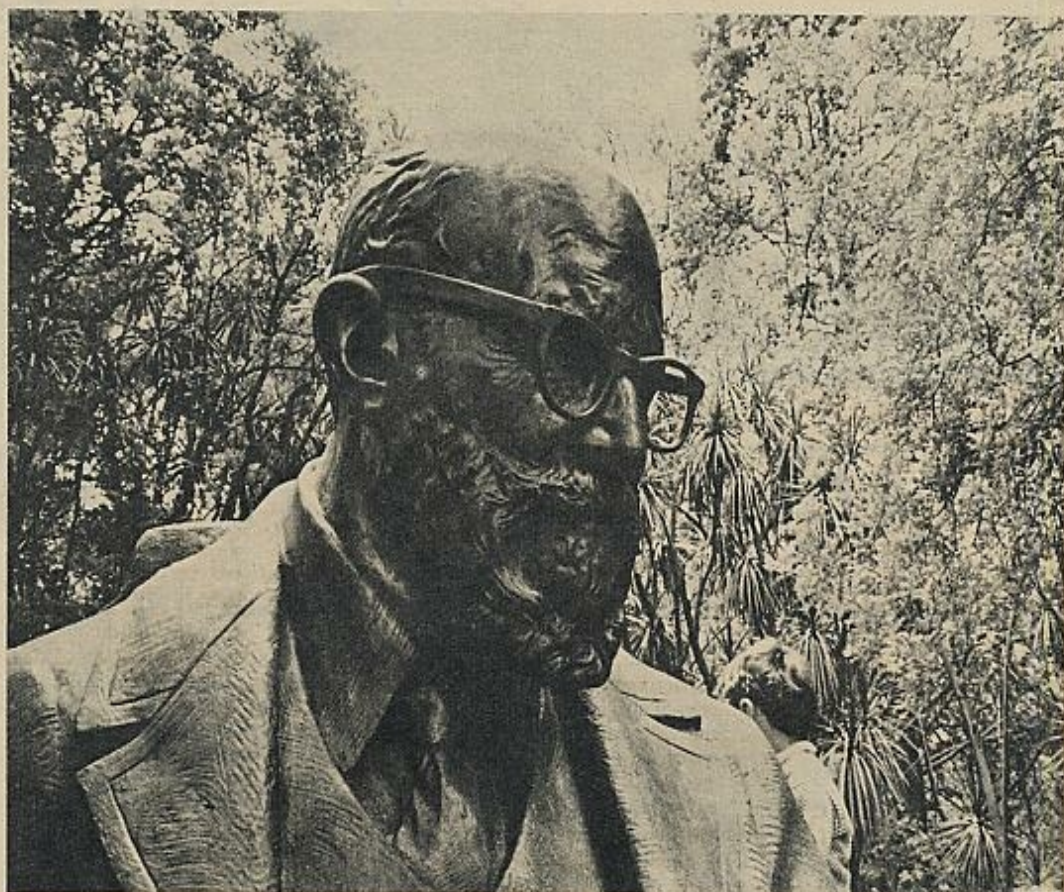
Y he recordado que, de algún modo, se ha cumplido lo que pidió León Felipe: «Acepto el bosque. Mi bosque. Y acepto mi tumba también. ¡Quiero que me entierren en mi bosque!». Oigo aquí su voz. Leo: *El viento me ha arrancado dolorosamente de mi patria como de la matriz, y con las viejas raíces húmedas aún y lleno de arcilla española, he cruzado el mar*. Escribió también:

mora), un pueblecito del que apenas recuerda cosa alguna. Farmacéutico apenas en Almonacid de Zorita, abandonó la rebótica por los caminos, un tiempo como inspector de hospitales en Fernando Poo, actor en Madrid, recorrió luego como conferenciante Universidades norteamericanas. Su primer libro, el primer volumen de Versos y oraciones de caminante había aparecido en Madrid en 1920, el segundo ya en México, y aquí también en 1933 *Drop a star*. Traduce a Walt Withman, a T. S. Elliot, a Shakespeare, a Fry, a Waldo Frank, a H. G. Wells, a Bertrand Russell, con el que trabajó en el movimiento dirigido por aquél en favor de la paz mundial. En México se casó con la profesora me-

[herolico hacia la dignidad y  
[la superación de la vida.  
Se cambiarán de sitio nues-  
[tras llagas,  
nos dolerá otra carne,  
y de tierras más frías bajará  
[nuestro llanto».

En un tenderete callejero compré algunos libros. Uno de Carlos Fuentes: «Tiempo mexicano». Encuentro unas palabras que me interesan al caso:

«España y México: "finis terrae", cabos del mundo. Tirad una piedra en el centro de un estanque y las ondas más lejanas, más anchas, las que se confunden con el légame de la ribera, tienen los nombres de Espa-



«Dejadme.  
Ya vendrá un viento fuerte  
[que me lleve a mi sitio».

Ahora, ya parece conformado en este claro, entre los árboles y frente a la Casa del Lago, donde hay una estancia dedicada a su memoria. Max Aub dijo de León Felipe: «Fue carne de profeta desde que nació», en Tabara (Za-

xicana Berta Gamboa. Recorrió Hispanoamérica como conferenciante. Vuelto a España, la abandona definitivamente en 1938 para afincarse ya aquí. Proféticamente había escrito en *La insignia*.

«No hay posadas de felicidad  
ni de descanso.  
Se va siempre por un camino

ña y México. Ser excéntrico es la manera final de ser céntrico: puede ser el principio de un nuevo fin. Perdurar en el origen es una apuesta: que un día la raíz será no el recuerdo, sino la premonición. Cuánto dolor, cuánta miseria cuánta injusticia, entre tanto».

Pienso que el homenaje a León Felipe ha sido como una piedra



Cela, durante su discurso-respuesta al de Yáñez, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, en el Museo Nacional de Antropología.

arrojada en el estanque oceánico. Ha provocado reacciones excéntricas. Del lado español y del mexicano.

Del lado español hay quien pretende desdoblarse a León Felipe en poeta y hombre, con pretensiones morales y políticas. Si el intento es imposible con cualquiera, con León Felipe más sí cabe. Porque, si como señaló Moreno Villa, fue un poeta de la emoción más que de la perfección, es porque frente «a los poetas que trabajan con la palabra solamente», él trabajó «con su sangre».

Del lado mexicano se ha dicho que no acudieron ciertos poetas, y se cita siempre en primer lugar Octavio Paz, por razones nunca concretadas. Se ha especulado con personalismos; algunos lo han achacado al carácter oficial que al homenaje pudo prestarle la presencia de Echeverría. Echeverría fue amigo de León Felipe; hay unos versos del poeta en el cuadro familiar del presidente, sobre una columna. En todo caso, Octavio Paz había hecho ya su homenaje a León Felipe en muchas ocasiones («El gran León Felipe fue un puente, no sólo entre España e Hispanoamérica, sino entre la poesía norteamericana y la de nuestra lengua»), y recientemente en conversación con Julián Ríos, ha recordado su amistad: «Lo quise mucho y le he dedicado un poema; pero las relaciones con León

Felipe fueron distintas, porque, desde el punto de vista poético, yo no coincidía mucho con él. Más bien lo que me interesaba de León Felipe era su actitud ante el mundo y ante la sociedad». En todo caso, yo me he atendido a lo que me aconsejó Juan Rejano: no comprenderéis este país fácilmente. Después de treinta y tanto años, creo que empiezo yo a entenderle. Lo cual viene a coincidir con lo que señala Neruda: «Las artes y las letras (en México) se producían en círculos rivales, pero ay de aquel que desde fuera tomara partido en pro o en contra de alguno o de algún grupo: unos y otros le caían encima».

Tanto del lado mexicano como del español, el homenaje ha sido signo de contradicción en muchas ocasiones. De acuerdo con las palabras anteriores de Carlos Fuentes, el bronce de este español en Chapultepec debiera ser una premonición. Habría, para ello, que volver a las radicales y humildes consideraciones del poeta: «llanto seco del polvo».

Y olvidar, por una vez y definitivamente si se pudiera, el hacha:

«Tuya es el hacha, tuya,  
más tuya que tu sombra.  
Contigo la llevaste a la Con-  
[quista

y contigo ha vivido  
en todos los exilios.  
Yo he visto en América  
—en México y en Lima—.

Se la diste a tu esposa  
y a la esclava  
y es la eterna maldición de tu  
[simiente».

Ni como conquistador, ni como exiliado, aunque uno no pueda desprenderse totalmente de ninguna de estas tres condiciones, he ido a los mercados mexicanos siguiendo la consigna de Pablo Neruda, para quien México está en sus mercados. Y en la plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, que muestra en carne viva el alma superpuesta de México, uno llega a entender el afán desesperado del mexicano por encontrar sus señas de identidad desde la fabulosa noche precolombina hasta las frustraciones de hoy. Aquí, en Tlatelolco, Díaz Ordaz «cometió —escribe Fuentes— el crimen más terrible de la historia moderna de México, porque no sólo mató los cuerpos de jóvenes, sino que quiso matar su espíritu», el 2 de octubre de 1968. «Díaz Ordaz, en Tlatelolco, quiso devolver a toda una juventud a la fatalidad, a la tristeza, al vicio y a las fragmentaciones de nuestra historia». Desde entonces, Echeverría, ministro del Interior a la sazón, tuvo cortados los puentes con los estudiantes. El diálogo con ellos se inició días antes del homenaje a León Felipe, en una reunión del presiden-

te con mil quinientos estudiantes del Politécnico en los jardines de la residencia presidencial. Simbólicamente, Echeverría entraba por vez primera en territorio estudiantil, el día del homenaje a León Felipe, ya que la Casa del Lago de Chapultepec pertenece a la Universidad.

De algún modo nuestra participación en este homenaje nos ha hecho ingresar en la mala conciencia mexicana, sentirnos mexicanos desde nuestra mala conciencia española. Para abundar en ello visitamos el Museo Nacional de Antropología o Museo del Hombre, donde la crueldad de los dioses y la crueldad de los hombres es patente como en pocos sitios.

De vuelta a España, uno ha metido en su maleta unos libros de León Felipe, de las ediciones populares Finis Terra mexicanas. Puede ser un buen regalo para alguien, porque ¿dónde encontrar a León Felipe en España? Ni se ha vendido el libro de Ríos sobre él ni sobre su obra hay apenas estudios. La «Antología rota» (1920-1947) se compra de tapadillo. Traer algún libro de León es una forma de desenterrarle. Porque aquí se le echó tierra mucho antes de que muriera en 1968.

Cuando llegamos a Madrid pusimos en hora nuestros relojes. Habíamos adelantado una hora, sólo una hora. ■ CESAR ALONSO DE LOS RÍOS.